

CIENCIAS.
ARTES.
HISTORIA.
LITERATURA.
CRÍTICA.
VARIEDADES.

Literatura Hispano-Americana

SUPLEMENTO ILUSTRADO

Regalo a los abonados de la Revista ESPAÑA Y AMÉRICA

CÁDIZ, MAYO DE 1914

AÑO II NÚM. 11

Colaboradores Españoles y Americanos

Aguilar Tejera (A.)	Monterrey (Manuel.)
Arciniegas (Ismael E.)	Ortega Morejón (José).
Arévalo (Antonio).	Ortiz Belmonte (V.)
Belmonte Muller (G.)	Pelayo (Miguel).
Colombine.	Pérez Fernández (L.)
Cordero (Juan L.)	Pérez Sarmiento (J. M.)
Díaz de Escovar (N.)	Prada (Gloria de la.)
Estrada (Norberto).	Pichardo (Manuel).
Fernández Lasso (M.)	Quintero Atauri (P.)
Fernández del Villar (J.)	Recio Díaz (José).
García Morales (P.)	Restrepo Gómez (F.)
Gómez Carrillo (E.)	Riño de la Iglesia (P.)
Gómez Jaime (A.)	Rodao (José).
González Anaya (S.)	Rodríguez Embil (L.)
González Blanco (A.)	Rueda (Salvador).
González Olmedilla (J.)	Sánchez Rodríguez (José).
Hoyo (Antonio de)	Sandoval (Manuel de).
Huertos (Luis G.)	S. Román (Miguel de).
Iñiguez (Benigno).	Santacruz (Pascual).
Jara Carrillo (P.)	Ugarte (Manuel).
Jiménez (Juan R.)	Vázquez de Aldana (A.)
Lasso de la Vega (R.)	Vázquez de Sola (E.)
León (R.)	Zamacois (E.)

LA VIDA LITERARIA

Francisco Restrepo Gómez

Entre los poetas contemporáneos de Colombia—ese glorioso país de los versos de oro—destácase brillantemente uno de los líricos más jóvenes, que ya goza, sin embargo, de envidiable reputación, no sólo en su nación, sino en toda la América española, donde su firma es apreciada en cuanto vale, que no es poco: me refiero a Francisco Restrepo Gómez, asiduo colaborador de *ESPAÑA Y AMÉRICA* y excelente camarada, entusiasta de cuanto significa Arte y Belleza.

Una cualidad, entre las muchas que posee, tiene principalmente la poesía de Restrepo Gómez, y es su corrección envidiable. Sus versos sonoros, que nos traen evocaciones de músicas lejanas, de serenatas de mandolinas en noches de luna venecianas, de murmullos de selvas tropicales, de melodías deliciosas y variadas, dijérase que están tallados como los diamantistas pulen las facetas de las piedras preciosas, y es que Restrepo Gómez, además de un exquisito poeta del sentimiento y la sensibilidad, es un moderno parnasiano, en lo que se refiere a la forma, donde deja las luminosas concepciones de su imaginación privilegiada.

En un bien escrito artículo acerca de este escritor, dice Diego Uribe, el admirable autor de «Margarita»—libro de hondas ternuras y grandes pensamientos—«la poesía exterioriza al hombre; es verdad que en ocasiones se puede fingir, pero ello es imposible hacerlo siempre, y por eso, por sus producciones, podemos

adivinar la esencia del alma del poeta. La poesía de Restrepo Gómez es delicadísima y sentida, y a propósito de ella podemos decir lo que Carlos Arturo Torres consignó acerca de *Marvella*: «a este poeta no debe acercarse el lector árido de espíritu y disecado por la literatura y por la crítica, de esos que no buscan en los libros una emoción, una sugestión, una hora de ensueño, una sincera sensación de belleza, sino clasificaciones de escuela, refinamientos importados o modas literarias.

Lean al poeta las almas sanas todavía, las que no exclaman que «es ridículo sentir»; ¡desgraciados! En Restrepo Gómez está en consonancia su modo de expresar el pensamiento y su alma delicada y sutil; para él es desconocida la envidia; ama las producciones de los otros; goza con los triunfos ajenos».

ESCRITORES AMERICANOS



El ilustre escritor argentino Manuel Ugarte y el eximio poeta colombiano Francisco Restrepo Gómez, de cuya labor literaria nos ocupamos en esta página.

Sí; así es Restrepo Gómez. Diego Uribe ha sabido dibujar su silueta literaria con po-

cas palabras. Yo le admiro, porque, como todos los hombres de mérito, es modesto, humilde, y no da importancia a sus producciones, que hubieran dado un resonante renombre, a cualquier otro escritor, amigo del «reclamo» y de las exhibiciones.

ZAHORÍ.

AUTO SEMBLANZA

I

Taciturno el semblante, como el de un peregrino
(dolor);
con el pie fatigado, como el de un viajador;
siempre falto de aliento, siempre falto de vino,
pero siempre repleto de tristeza y de amor;
sometido a las leyes de implacable destino,
el espíritu en sombras y perdido el valor:
caminando sin tregua por el mismo camino
con un arpa en el hombro y en el pecho un
(dolor);
hace mucho que cruzo por un largo sendero
donde crece la ortiga; soy un pobre romero
que perdió en el camino la Esperanza y la Fe.
Y me paso las horas bajo el sol del Hastío
suspirando en silencio, cabizbajo y sombrío,
por un tiempo que há tiempo para siempre
(se fué...

II

Aborrezco a los hombres y con gusto
(quisiera)
habitar un lejano y apacible rincón
donde nunca, ni en sueños, mi pupila los
(viera),
donde nunca llegara su execrable traición.
Porque el hombre sin duda tiene instintos
(de fiera),
y de infamia está lleno su voraz corazón;
yo mil veces fui objeto de su saña rastrera
y por él vivo lleno de glacial decepción.
Amo a Dios sobre todas las humanas criaturas,
compadezco y me apropio las ajenas torturas,
y materia dispuesta para el bien siempre soy.
Muchos vasos de acibar apuré hasta las
(heces)
y me encuentro beodo, tan beodo que a veces
(ces)
no sé de dónde vengo ni para dónde voy.

III

Enlacé mi destino con el de una pastora
de cabellos tan rubios como el astro solar;
ella es diáfana y bella como un lampo de
(aurora)
y su amor es la égida de mi cruel batallar.
El buen Dios, ese Padre de bondad redentora,
nos ha dado tres lirios de fragancia oriental:
tres hijitas que fingen tres rayitos de aurora
y que tienen purezas de cordero pascual.
He ahí de mi vida la rebelde silueta;
además, y muy lejos de llamarme poeta,
soy tan sólo un vencido del humano Tabor.
Y como un peregrino, sudorosa la frente,
voy hollando asperezas y aguardando paciente
que me llame al reposo de la tumba el Señor.

F. RESTREPO GÓMEZ.

“LOS LABIOS ROJOS”

Este es el título de una nueva novela publicada recientemente por nuestra ilustrada colaboradora Gloria de Prada.

A continuación nos complacemos en publicar el prólogo de dicho libro, escrito también por la Srta. de Prada, a la que deseamos un gran éxito para su nueva obra:

«Alhá te guarde, Dios te salve, y los Dioses te sean propicios; no corran tus ojos con impaciencia por estas líneas, pues serán breves, y no te privarán largo rato del interés de la narración; sólo me propongo en este prólogo el darte gracias a tí, por el que ve la luz esta mi séptima obra. ¡Oh, público mío de mi alma! ¿Qué sería sin tí de mis libros? Y es que viste bien en mi alma, en la que no hay pecado de vanidad, pues como pájaro que canta porque siente el placer de la vida, la borrachera de la estación primaveral... así noveleo yo, irreflexivamente, apasionadamente. En mujer que escribe al hombre de sus amores, porque en su corazón rebosa el cariño, el amor, y este amor mío es el que va a tí, al que me represento con un alma grande y buena, en la que vierto la mía ardiente, meridional, incapaz de masculinizarse, pues sé bien que el mayor encanto que tenemos las mujeres... es el serlo; y por tanto, estoy lejos de creer (como otras) que debemos parecer un escritor más, si escribimos para el público. No, y mil veces no; los lectores están ávidos de conocer la *intimidad moral* de la mujer, porque es de lo que más carece, pues casi siempre se nos juzga por deducciones, o se nos traduce de ser hombre el que escribe, o peor aún, mujer masculinizada en ciencia, que guarda su enigma (si es que lo tiene) y no siente el más grande de los placeres: el de darse espiritualmente.

¿Es, acaso, muy personal todo esto que te digo? Pero es que mis heroínas soy yo misma, y te doy, por tanto, la clave, y además no olvides que te escribo como lo haría al hombre amado; y es que tiene un enorme encanto el comunicar con el viento y poner el alma en él, pues es abrir de par en par las puertas del ensueño. Por esto dije en este cantar mío:

Van mis coplas volando
como palomas
mensajeras de amores
de mi persona...
¡Ay! cuánto diera
por estar cerca (a veces)
de quien leyera.

Y no es de extrañar esto, pues lo desconocido tiene una gran poesía, y una edición de libros que se disemina por el mundo, parecen las hojas sueltas de una flor; pero *esa* flor es, el alma y los pétalos, uno mismo. Pero concretemos y terminemos, por esta vez. Lo que pongo en tus manos son dos novelas, en las que van la entraña de dos tierras muy queridas para mí: Madrid y Sevilla; la Sevilla de leyenda y el Madrid de organillo; la melancolía de los patios andaluces, el perfume de la tierra mora, de sol de fuego, cielo de añil y constelaciones de plata, donde la sangre hierve y los labios besan...; donde el clavel y el nardo confunden sus aromas con el de los azahares en las melancolías de las caídas de las tardes sevillanas; y el Madrid aventurero y loco, señor y amo de las verbenas, del

donaire y del baile ceñido, en que la sangre maja arde en los pulsos... en cuyo ambiente, castizo y neto, bordado por la maga poesía del ayer, se desgranaban las músicas de Barbieri y Chueca en las charangas militares, latigueando a los madrileños en la grata tarea de vivir el sainete, que nació con D. Ramón de la Cruz y continuó con Ricardo de la Vega. De este Madrid en que las duquesas se visten de manolas y las manolas parecen duquesas...

Estas dos notas quiero yo darte en estas dos novelas. Feliz si consigo el evocar algo de esas dos tierras que tan en el alma llevo; y por si no logro distraerte, tenme al menos la indulgencia que, no como escritor cultísimo y documentado, sino como mujer que siente mucho y hondo y trata de exteriorizar sus sensaciones, escribo. Léeme, pues, con indulgencia si eres hombre, y si por un feliz acaso *eres mujer*, no te ruborices porque veas tus pensamientos puestos a la luz. ¡Oh, hermana mía, pues el sol purifica todo cuanto toca! Y en todo caso el mal, porque se le encierre en las sombras, ¿dejará de serlo? Pensar alto es ennoblecerse, pues al menos nos libramos del más rastro de los pecados, la *hipocresía*, que debemos borrar de nuestro sexo y de nuestra alma, como un mal hereditario.

¡Paso a la vida y a la luz! Tengamos la conciencia de nosotras mismas; no temais, pues los hombres de buena voluntad están con nosotras, y a nuestro lado son... nuestros hermanos de amor, de alma y de vida. ¡Salud a todos los sanos, a todos los fuertes!

GLORIA DE LA PRADA



Poema de los árboles

El Arte y la Naturaleza son los únicos amigos que no engañan. Por eso Dios los ha puesto al alcance de nosotros. Si no, ¿cómo habríamos de consolarnos los desilusionados de la vida?

M. J. OTHON

Hermanos árboles, muy buenos días.

(ESPIRITU DE SAN FRANCISCO DE ASIS)

Los árboles son carne para saciar el furor sanguinario de las hachas.

JEAN MOREAS

NOTAS PREVIAS

El poeta, errando por los campos de su tierra nativa, se allega al corazón del bosque en los momentos en que el sol clava su ojo sanguíneo en la mitad del cielo. De súbito, entre el torrente de armonías que puebla su cerebro, cree escuchar, como recitadas por la Naturaleza, rotundas estancias que le hacen detener el paso, ensimismándole en religioso arrobamiento.

SÍMBOLO PRIMERO

Salvador Díaz Mirón, fuerza y orgullo, trabajador incansable y firme en el pulimento de su obra; el olímpico vate veracruzano, en cuyo broquel de gladiador han embotado sus dardos la envidia y la crítica; el acucioso artista a quien el verso moderno debe trascendentales innovaciones rítmicas, y cuya labor robusta y sabia hiere, cual música divina, el delicado sensorio de la *élite*, es el Roble.

SÍMBOLO SEGUNDO

Justo Sierra, todo níveo de canas, amparando con solicitud de padre amoroso y bueno a la juventud estudiosa, de quien recibe, como filial recompensa, perenne himno de admiración y de cariño; ese opulento sostenedor de las letras nacionales, cuya vida ha sido una blanca plegaria elevada ante el altar del saber y del trabajo, es el Alamo.

SÍMBOLO TERCERO

Manuel José Othon, poeta *naturista*, a las veces bucólico, cuya es la obra que más virilmente ha exhibido la pompa tropical de nuestras selvas vírgenes, está simbolizado en el Madroño, árbol semejante al *laurus nobilis* y que es como el Apolo del bosque.

SÍMBOLO CUARTO

De Manuel Gutiérrez Nájera, que cantó y contó entre las mil jovialidades de su *esprit* francés, muchas cosas tristes con la inconsciencia vaga del que ha venido al mundo más para el sufrimiento que para el goce, y siempre para el bien; de ese sentido poeta en cuyo almo recuerdo se arrebujaba, como en un velo místico, su inconsolable viuda, símbolo es el Sauce.

Al poeta le asalta al cabo de la penúltima estrofa la lúgubre idea de que todo perece (*sic transit gloria mundi*) y de que por ende el tiempo ha de pasar y repasar implacable sobre esas gloriosas existencias, simbolizadas por los árboles, hasta arrancarlas a la vida. Pero regocíjase luego al pensar que las almas buenas, como el humo de los bosques abrasados, ascienden triunfalmente a Dios, que es lo inmortal, lo eterno.

POEMA DE LOS ÁRBOLES

La siesta envolvió al campo con su dorada ola.
Era tremante llama la grácil amapola
por cima de las mieses;
hervían del arroyo los gárrulos cristales
que a desflorar llegaban sedientos *cardenales*
y bramadoras reses.
Yo iba entre los bosques de mi comarca errando,
—pájaro agreño y torvo, de rama en rama—
(cuando

escuché unas redondas
estancias. Y detúveme: con lírica rudeza,
cuatro árboles cantaban a la Naturaleza,
sacudiendo sus frondas.

I

Quercus robur

—Yo soy el árbol púgil, el Hércules del bosque
(que;
consiento que a mis brazos su floración en-
(rosque

la hiedra trepadora;
no me desgreña el viento con su aletazo bronco,
y besa y empurpura las grietas de mi tronco
la erubesciente aurora.
Soy altivez y fuerza; yo lucho y no desmayo;
embota en mí sus flechas el fragoroso rayo;
mi fin es alto y noble;
antes que yacer leña y alimentar el fuego,
de mi madera labras—¡oh rústico labriego!—
la esteva. Soy el Roble.

II

Populus alba

Mis hojas son de argento, velludas y angu-
(losas,

aletean al aire cual níveas mariposas
luciendo su atavío;
en mí el nido suspenden torcaces zahareñas,
y soy, cabe las márgenes floridas y risueñas,
barba de viejo río.
Soy por las noches lira de coruscante plata
donde preludia el viento su flébil serenata,
de Flora frente al tálamo.
Aunque jamás me cubro de pomas ni de flores,
me inciencian las campiñas, y alados trovadores
me cantan. Soy el Álamo.

III

Arbustus unedo

—Mis hojas aserradas, angostas, relucientes,
a fuer de láuros délficos, son dignas de las
(frentes
de bardos y guerreros;
yo guardo a los artistas inmarcesible nimbo,
y es cada flor que luzco primaveral corimbo
de aromas tempraneros.
Mis frutos, que a las guindas en la color su-
(peran,
—sensuales labios vivos—con ansiedad espe-
(ran
el beso del Otoño;
y en las estivas siestas, del sol al rojo brillo,
me arrullan las bucólicas del dulce caramillo
de Pan. Soy el Madroño.

IV

Salix Babylonica

—Arrebujado en sombras, amigo del misterio,
vigilo con las cruces del sacro cementerio
la tumba lobrecida; (1)
sin galas sufro a veces del céfiro las mofas
y—pálido poeta—medito mis estrofas;
soñar... esa es mi vida.
Augusto y pensativo, y en actitud doliente,
vegeto en las riberas del río y del torrente
llorando junto al cauce.
Yo exhalo como trova de mi pasión aguda,
la queja que desgrana la tórtola viuda
plañendo. Soy el Sauce.

.....
.....
.....
De súbito quedaron mudos, graves, inmo-
(bles,
los cuatro árboles buenos, los cuatro árboles
(nobles;
algo así como yertos
de miedo y de congoja. El leñador sañudo
llegó; con su hacha hiriólos y, al fin, la tierra
(pudo
abrazarlos ya muertos.
Después, cuando el crepúsculo, heraldo de la
(noche,
prendió a la blonda Venus un irisado broche,
allá... en la lejanía,
ví que de las cabañas, con presuroso vuelo,
el alma de los árboles en humo azul al cielo
triumfalmente ascendía...

JUAN B. DELGADO
(Mexicano)

(1) Me he permitido emplear el verbo *lobrecer* (por más que la Academia no lo incluye en su léxico), en atención a que fué usado por algunos escritores del Siglo de Oro, entre ellos el que en el *huerto carmelitano* murmuró *idilios celestiales*: San Juan de la Cruz.—(N. del A.)



Leyendas y tradiciones

El Quetzal, ave sagrada de Guatemala

Allá, en las apartadas soledades de los bosques de Guatemala, siempre posado en los árboles más gigantescos, se encuentra el ave que hace mucho tiempo que el pueblo de dicha República considera sagrada. Nos referimos al quetzal, nombre derivado de un dialecto indio, en el cual significa «esmeralda», color que predomina en su bello plumaje.



EL QUETZAL, AVE SAGRADA DE GUATEMALA

Los aborígenes de Guatemala no encuentran nada más merecedor de estima ni más bello que el quetzal; le tienen como a un ente misterioso, le admiran y le veneran. Es para ellos un ave celeste y explican su origen con un mito pintoresco. Este pájaro es de tamaño relativamente pequeño, pero su cola, de un color verde brillante, tiene algunas veces más de tres pies de largo; el pecho es rojo. El quetzal es el emblema de libertad nacional de Guatemala.

Dícese que las glorias de los bosques no consisten solamente en la grandiosidad de los árboles o la belleza del follaje, sino también en el canto de los pájaros. Todos los países tienen sus aves que atraviesan el aire, pero pocos pueden jactarse de tener una más hermosa que el quetzal, cuyo brillante plumaje constituye el encanto de todos los viajeros que tienen la dicha de contemplarle. Es de tamaño relativamente pequeño, pero su cola, de un color verde brillante, algunas veces tiene tres o más pies de longitud, en tanto que el pecho es de color encarnado. El brillo de estos colores se apaga gradualmente hasta formar un conjunto de tintes que rara vez puede superarse.

Hace algunos años que el Gobierno de Guatemala adoptó esta bellísima ave como su emblema de libertad nacional, y su forma adorna hoy la bandera del país, así como en los antiguos tiempos, cuando los gue-

rreros indios iban al combate, llevaban y ostentaban los colores del quetzal. Un famoso caudillo, en el fragor del combate con una tribu hostil, vió que sus compañeros estaban expuestos a ser derrotados, y era tan grande el amor que le inspiraban las plumas de la citada ave—que constituían una parte de su traje—que, según cuenta la leyenda, imploró al dios de la guerra como sigue: «¡Oh, dios! conserva mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal.»

Por desgracia, este hermoso pájaro no canta. Se posa en solitaria meditación, y cuando no se ocupa en buscar alimento o volar a través del aire, permanece silencioso y al parecer sumiso, prefiriendo las partes más densas de los bosques, donde casi nada le perturba o molesta. Si busca el ejercicio en el vuelo, viaja solo y llega a grandes alturas, bañándose él mismo en los vigorizantes rayos de Febo y el aire purísimo, mucho más arriba de la densidad de los vírgenes bosques.

Una de las peculiaridades del quetzal es que no puede vivir cautivo. Cuando lo apresan pelea mientras le dura la vida, y haciendo uso de su aguzado pico y de sus garras, pica y araña a su apresador.

Según una antigua leyenda, el origen de esta ave sagrada, descrito magistralmente por el Excmo. Sr. D. Joaquín Méndez, Ministro de Guatemala en Washington, es el siguiente:

«Voy a hacerlos su psicología, y a presentarlos a nuestro símbolo nacional a través de la naturaleza y de la historia.

La imaginación del aborígen americano nada encuentra más merecedor de estima ni más bello que el quetzal. Le tiene como a un ente misterioso, le admira y le venera. Es para ella un ave celeste y explica su origen con un mito pintoresco. Según la narración quiché, de los despojos de unas mariposas azules, brotó un árbol excelso, en cuya rama más atrevida apareció el quetzal radiante de hermosura, en señal de dominación y poderío. Su nombre entre los indios significa esmeralda. Sus plumas son el mejor tributo para Moctezuma. El emperador y los altos dignatarios revisten en las grandes solemnidades el manto hecho con el plumaje de la que tienen por esmeralda que vuela. Cubiertos así van los reyes a las batallas. Huemac, sintiendo su trono amenazado, dirige a Tlaloc esta plegaria: «¡Oh, Dios, consérvame mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal!» La leyenda tolteca hace la apoteosis de Quetzalcolhuatl, el legislador divino, quemando su cuerpo en la cima de Orizaba, para que ascienda su alma a los cielos transformada en el ave deslumbradora y sin par. La tradición cachiquel no da por consumada la conquista de Guatemala, sino con el duelo de Alvarado y Tecum en la llanura de Olinstepeque, convertido al monarca autóctono en un quetzal esplendoroso que el guerrero hispano atraviesa con su lanza y arroja a su jauría.

Pero el ave es inmortal. Atraviesa luego los aires y va, sublime y grande, a guarecerse en las montañas. Y entonces comienza su nueva etapa, signo de protesta en medio de la naturaleza.

Hosco y sombrío como un corazón despedazado, grave y meditabundo como un filósofo que no acierta a resolver el problema de su alma, inmóvil y silencioso como un héroe rebelde después de la derrota, el quetzal deja de aparecer en los combates, símbolo ya del abatido poder indiano. Se refugia en el misterio de las selvas, y busca los árboles más altos de las sierras más altivas. Solo le ha dejado el conquistador la libertad del bosque y el consuelo de la naturaleza abrupta a este sublime confinado en sus propios dominios. Y allí parece vegetal indiferente, en las ramas que se pierden entre las nubes, desdeñando al tigre que celebra en los claros del bosque sus idilios de fiera, y al boa que no encontrando a quien abrazar con la frialdad de sus anillos, se retuerce en los troncos cual si quisiera derribarlos.

El indio es carne del arcabuz sediento de sangre, sustento de las minas codiciadas, medio de transporte de la riqueza que él produce y no disfruta. El nombre de hombre está negado para el indio. Se discute si pertenece a nuestra especie, y el más benévolo le encuentra un ligero punto de contacto en el rictus de los labios; le tiene por susceptible de sonreírse tristemente. El indio es el organismo aprisionado de la raza vencida. Pero el quetzal es el alma de nuestra nacionalidad borrada, mas no muerta; es lo que aún queda de patria americana; es el espíritu que animará algún día la soberanía reasumida, la libertad recobrada, la independencia que se halla latente entre su plumaje del color de la esperanza.»

El quetzal permaneció prácticamente desconocido para los ornitólogos hasta 1825, fecha en que los naturalistas consiguieron algunos huevos, de color verde pálido, y de entonces acá se han hecho otros estudios e investigaciones acerca de esta bellísima ave y sus hábitos. El macho tiene un bonito pico amarillo; la cabeza ostenta una cresta redondeada, y muchos creen que, considerado en conjunto, éste es una de las aves más bellas que existen. La hembra no tiene la cola larga y sus colores y plumas no son tan lindos como los del macho.



LA FUENTE

(Guyau)

Un hilo fino de agua que cae de la fuente dice dentro del ánfora su música ligera; y apoyada en la roca, suelta la cabellera, la hermosa niña escucha, atenta y gravemente.

Tiñen el campanario púrpuras del poniente, y los bueyes tardíos retornan de la era; la doncella, inclinada, tranquilamente espera que su cántaro colme la linfa transparente.

Así, dentro mi arcilla te siento correr buena oh Vida, cual la onda que resbala sonora, como el hilo de agua de caricia serena;

mas, pensativo, a solas, sin temor y sin pena, inclino muchas veces la frente indagadora sobre el ánfora mía... ¡por ver si ya está llena!

EUSEBIO ROBLEDÓ.

VARIEDADES

La Astronomía en los Tribunales.

Por primera vez, la Astronomía ha tenido una intervención en los Tribunales de justicia.

En Ohama (Estados Unidos) fué hallada delante de una casa el día 22 de mayo de 1910, entre dos y tres de la tarde, una valija cargada de dinamita. El hecho fué muy comentado; los diarios hablaron, y la justicia poco pudo esclarecer respecto al autor del atentado.

Poco después, dos señoritas se presentaban a la autoridad, acusando a un joven de Ohama de haber colocado la valija, con intención criminal, en la puerta de la casa.

Afirmaban que poco antes de las tres ese día habían visto al acusado con una valija en la mano dirigirse al citado sitio. Este era el único elemento de cargo contra el joven, quien por su parte negaba rotundamente haber estado allí aquel día.

Su defensor, preocupado seriamente de la causa, llegó a descubrir que a esa hora las dos jóvenes habían estado en una iglesia situada a más de 1.500 metros de la casa objeto del atentado, que habían asistido al oficio y en seguida se habían hecho retratar dos veces cerca de la iglesia.

El abogado consultó a un astrónomo, quien calculando la posición de las sombras, perfectamente acusadas en una de las fotografías, pudo determinar el momento preciso en que ésta había sido tomada: eran las tres de la tarde, veinte minutos y treinta segundos; las jóvenes no podían, pues, haber visto al acusado a las tres en el momento del atentado.

Su testimonio se desvanecía; pero el abogado general tomó a burla las predicciones de los sabios en general, y lo hizo con tanta "chispa" que tuvo al Jurado en hilaridad continua.

El acusado fué declarado culpable y condenado a quince años de trabajos forzados.

Se apeló ante el Tribunal superior, y procedióse a una reconstitución de las escenas el día del aniversario del hecho a la misma hora, tomándose las fotografías del caso, y el astrónomo pudo verificar sus cálculos en los mismos sitios: no se había equivocado ni en un cuarto de minuto.

El Tribunal Supremo juzgó que la sentencia se había pronunciado basándose en pruebas insuficientes y la revocó.

Se entabló un nuevo proceso, y el defensor del acusado consultó al profesor de Astronomía M. Swezey, de la Universidad de Nebraska, pidiéndole que remensurara la posición de la sombra y recalculara el tiempo.

El resultado que encontró Swezey arrojó una diferencia de veintinueve segundos sobre el cálculo del primer astrónomo. Dada esta nueva comprobación, la acusación fué abandonada y el joven puesto en libertad: los cálculos astronómicos lo habían salvado.

El calzado en los Estados Unidos.—Su exportación, su consumo y valor.

Las exportaciones de zapatos y botas de los Estados Unidos, correspondientes al año fiscal que termina en junio de 1914, serán mayores con mucho a un período de tiempo anterior igual cualquiera. Las exportaciones del año que terminó en diciembre de 1912 montaron a una suma de \$ 17.380.634, en contraste con pesos 14.937.537 para el año de 1911.

El comercio de exportación de zapatos de este país se ha desarrollado considerablemente durante los últimos pocos años, pero aun así no ha llegado todavía a la marca de exportación de cuero para cañas de zapatos.

Durante los nueve meses que terminaron en marzo exportáronse \$ 6.822.019 valor en zapatos a Centro y Sur América; durante el mismo período en 1912, la suma de \$ 5.563.151. Hace pocos años, el total por un período de tiempo igual apenas pasaba de un millón de dólares. El volumen de negocio durante los doce meses llegará muy cerca de nueve millones.

La gente de los Estados Unidos gasta diariamente, según estadísticas, 2.873.260 dólares en zapatos. Y faltan con frecuencia los sábados para cubrir compromisos, 21.068 pares, y así cada hora que pasa aumenta la necesidad del calzado en cuanto al número.

CANTARES

Dices que cuando me miras
no sostengo tus miradas,
y es que temo que conozcas
los secretos de mi alma.

Pensé en ella porque quise
olvidarte y ser feliz,
¡tempecé pensando en ella
y acabé pensando en ti!

¡Cuántos ojos embusteros
van engañando a los hombres
que se confían en ellos!

Iré a Roma de rodillas
a decirle al Padre Santo
que de pecar no me libro
mientras me sigas mirando.

Ayer me diste a beber
en el vaso en que tú bebes
y el agua me supo a rosas,
y a jazmines y a claveles.

El cura de tu parroquia
ayer me dijo en secreto,
que el Santo a quién tú le rezas
es Santo de carne y hueso.

En los rayos de tus ojos
quise encender un cigarro,
y el corazón se ha encendido
que está de amor abrasado.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

Imp. M. Alvarez: Feduchy, 12. Cádiz